

Tristeza de Perro

Escrito por: Ana Sofía Treviño Pérez

Y al sentir el goteo, al escuchar el derrumbe, no puedo hacer más que intentar salvar el líquido insalvable. Una coraza de hielo me protege, sin embargo, adivino que tus ojos vidriosos saben del infierno que empapa mis entrañas. Adivinan el vacío que carcome mi estómago. El vértigo infranqueable que me domina. La pesadumbre que, poco a poco, comienza a implantarse en mis hombros.

Una vez más eres el blanco de incontables miradas. De miradas curiosas e inútiles que te sofocan, tal y como aquellos reporteros hicieron después de tu juicio, cuando te culparon de aquello... Has cerrado ya tus ojos y yo sigo hincado frente a ti, presionando la herida, viendo cómo el blanco se convierte en rojo. Ni uno de los curiosos se atreve a llamar a la policía, a la ambulancia, al médico, a la enfermera, a la nada. Siquiera a los periódicos que darían lo que fuera por tener tu muerte en primera plana. Quien te acuchilló se encuentra lejano, lejano e innumerable, invisible, inocente. Libre de toda pena mientras tu piel pierde el color de la playa y tus labios violáceos se esfuerzan por retener su último aliento. Yo sigo presionando la herida, intentando impedir que más sangre escape de tu cuerpo, pero insistes en que pare un momento y tome tu mano. Me miras con ojos vidriosos y negros y brillantes y bellos. Abres tu boca para hablar. Siempre has sido así de fuerte, así de resuelto. No quieres irte sabiendo que tu muerte me asesina. Que un día sin ti equivale a cien años de tortura. No quieres dejarme cuando recién nos reencontramos, cuando finalmente logramos enterrarla y sembrar flores sobre su tumba.

Rápido, te mando a callar. No obedeces. Sabes que las palabras significan sangre. Esfuerzo. Muerte. Adiós. Sin embargo, eres terco y hablas. Me dices que me quieres, que, a lo largo de estos diez años de olvido, de separación, nunca dejaste de pensarme. Que me perdonas por no haberte ido a visitar a la cárcel, que no fuiste quien mató a papá, que mueres libre e inocente, que mueres feliz porque mueres conmigo... Los curiosos llevan un buen rato callados, sumergiéndose en el dolor. Ninguno se atreve a hacer el más mínimo movimiento por miedo a romper el vidrioso hechizo que deja tu adiós.

(Llega el temido silencio.)

Dejo de sentir el frágil bombear de tu corazón. Miro tu cara por última vez y me encuentro con un terrible agujero negro, con un vacío imperdonable, con una nulidad de alma. Tú ya te fuiste con mamá. Tú ya estás con ella, regando las flores que plantamos en su tumba hace apenas una semana. Tú ya

estás con mamá y con papá y yo estoy aquí, solo, con manos bermejas, con ojos de muerto, con tristeza de perro.

Tú ya estás allá.

Y yo siempre estaré aquí,

sólo,

sólo con mi tristeza de perro.